

## Antropofagia entre los primitivos mapuches

por

Hugo Gunckel

(Recibido por la Redacción el 5-VII-43)

En algunos textos escolares de historia patria y, aún, en algunos trabajos sobre etnología mapuche que se han publicado últimamente en el país y también en el extranjero, se afirma categóricamente que los primitivos mapuches eran antropófagos, es decir, que se alimentaban de carne humana, especialmente de sus prisioneros de guerra. En este trabajo he reunido una serie de datos históricos y etnológicos sobre este tan interesante tema, para demostrar que los antiguos mapuches no eran habitualmente antropófagos o caníbales, sino que, en ciertos ritos y ceremonias practicaban una antropofagia primitiva, común en casi todos los pueblos de antiguas culturas.

Para todos conocidos, es el caso de don Pedro de Valdivia, que cayó prisionero en Tucapel y que fué luego comido, estando aún vivo, por sus cautivadores.

Góngora de Marmolejo, que era contemporáneo de Valdivia, describe con estas breves palabras la trágica muerte del primer conquistador y gobernador de Chile: "Hicieron los indios un fuego delante de él, y con una cáscara de almejas de la mar, que ellos llaman pello (<sup>1</sup>) en su lengua, le cortaron los lagartos de los brazos desde el codo a la muñeca; teniendo espadas, dagas y cuchillos con que poderlo hacer, no quisieron, por darle mayor martirio, y los comieron asados en su presencia. Hecho otros muchos vituperios, lo mataron a él y al Capellán, y la cabeza la pusieron en la lanza juntamente con las de los demás cristianos, que no les escapó ninguno". (Colección de Historiadores de Chile, II: 39. 1862).

Conocido es el caso que sucedió durante el sitio de Villa Rica, la Antigua, donde fué comido por los indios un religioso. En una de las salidas que hiciera el Pbro. don Andrés de Viveros para buscar alimento, fué tomado prisionero en el huerto del conven-

to de San Francisco "echaron mano de él los indios, y con inaudita crueldad, le pasaron con un asador y le asaron; y rabiosos le dieron sepultura en sus sacrílegos vientres", en presencia de los defensores de la plaza de Villa Rica.

Sin duda, estos casos históricos deben haber sido muchos; el Padre jesuíta, don Diego de Rosales, que vivió largos años entre los indígenas de Chile, afirma que sólo en el año 1665 mataron los indios, en sus "borracheras", cerca de 150 españoles (D. de Rosales, *Historia de Chile*, I: 128), aunque el abate don Juan Ignacio Molina sostiene que tales sacrificios humanos fueron raros y que no se cuentan más que unos muy pocos casos en el espacio de 200 años. Pero los documentos históricos que se conocen afirman y demuestran todo lo contrario; se sabe por ellos, que eran numerosos, especialmente durante ciertas ceremonias totémicas, o "borracheras", como dicen los antiguos cronistas.

Si para estas fiestas... "no tienen en su tierra algún cautivo a quien necesitan quitar la vida para solemnizar la fiesta, van a la otra a comprar (un indio de su misma raza) y las viejas y los niños han de comer de sus carnes y lavan las manos en su sangre. Y cuando es algún indio valiente y que en la guerra ha hecho muchos daños, le suelen cortar a pedazos y obligarle a él que las coma también" (Rosales, l. c. : 131).

Sacrificaban a sus enemigos, fueran éstos españoles o sus propios connacionales, siguiendo un ritual definido, consagrado por la costumbre y que lo repetían cada vez que se presentaba la ocasión.

Varios cronistas lo han descrito detalladamente, junto con todo un cortejo de crueldades, y encontramos, que siempre, practicaban la misma ceremonia para ultimar a la víctima que tuviera la desdicha de caer en sus manos y la dicha de ser sacrificado al dios de los mapuches, como lo veremos luego.

El Padre Rosales ya varias veces citado y autor de una muy bien documentada historia de Chile, escrita en el siglo XVII, nos ha dejado detalles sobre la manera como los mapuches ejecutaban la muerte de sus prisioneros de guerra "así españoles como indios de su propia sangre y aún de su propia sangre"; estas ceremonias eran seguidas por grandes "borracheras" con mudai y otras bebidas fermentadas, preparadas especialmente para estos actos por las mujeres de los indígenas.

El distinguido naturalista alemán Eduardo Poeppig, que durante los meses de verano de 1828 al 29 visitó la región cordillera de la provincia de Concepción, especialmente la zona del Volcán Antuco, describe con estas palabras un sacrificio humano al cual asistió: "Durante mi permanencia en Antuco, un destacamento (de indios pehuenches) regresó de los Andes australes a donde había logrado capturar a un cacique de los odiados moluches. El infeliz estaba destinado a ser sacrificado como víctima de la venganza, siendo desechada la intervención del comandante chileno a su favor, como también el ofrecimiento de considerables obsequios: los indios, excitados, esperaban impacientes la próxima mañana.

“El prisionero esperaba el cumplimiento de lo inevitable con aquella resignada tranquilidad que nada tiene que ver con la valentía del héroe. Un individuo semi-degenerado, que nunca ha sentido la felicidad de una sensación más humana, se separa sin afectos de su obscura existencia. Toda la noche se hacía sentir el bullicio de la fiesta con que se celebraba el triunfo, una repugnante bacanal y, a la primera luz del día, se reunió frente al fortín un amplio círculo de hombres y mujeres. El prisionero se encontraba en el centro de un segundo círculo más estrecho, formado por unos veinte guerreros armados de su lanza. Se había construído tres hoyos a sus pies y colocado una corta vara en sus manos.

“A viva voz relató sus hechos memorables, nombrando a los enemigos que habían caído bajo su brazo, cada uno de los cuales fué señalado por un trozo desprendido de la vara que dejaba caer en uno de los hoyos, pisándola despreciativamente con los pies.

“Los espectadores, indignados, hablaban en voz cada vez más alta, y las mujeres, desfiguradas en furias, contestaban cada nuevo nombre con los mismos gritos estridentes.

“Una lanza tras otra se inclinaba, entre tanto, en círculo cada vez más estrecho, rodeando el pecho del enemigo que se mofaba de ellos. Cuando cayó el último trozo de la vara, y con él el último y más importante de todos los hombres, cien gargantas a la vez entonaron el horroroso chivateo y veinte lanzas perforaron al prisionero, quien, después de haber sido elevado sobre sus puntas, cayó muerto sobre la tierra” (citado por Carlos Keller, en “Los Indios Pehuenches en 1828”, Revista del Museo Histórico Nacional de Chile, año I, N.º 3 : 255-6. Santiago, 1942).

Este ritual del sacrificio presenciado por Poeppig es casi idéntico a uno que relata Rosales, que dice que los araucanos entregaban al prisionero que se trataba de sacrificar un manojo de palillos y que él mismo tenía que cavar un hoyo frente a él. Al enterrar, uno por uno, los palitos, debía evocar un indio valiente de su tierra, nombrándose al final él mismo. Mientras echaba la tierra al hoyo, se le aproximaba un indígena desde atrás, dándole con una porra en la cerviz y luego se le extraía el corazón. (véase D. de Rosales, l. c. tomo I : 123-25) (2).

Otros cronistas describen también esta ceremonia de sacrificar al prisionero, en forma, más o menos, idéntica, y que se asemeja muchísimo en su ritual al desarrollo de los actuales guillatunes o rogativos de los mapuches de nuestros días.

A veces, los antiguos mapuches no sacrificaban al prisionero “en persona”, sino que lo hacían con un perro u otro animal negro. Esto sucedía cuando la víctima era regalado por su gran valor a un cacique amigo, o por otras causas, en que se perdonaban momentáneamente la vida, para poder obtener, de esta manera, un mayor beneficio y agradar más al antepasado del clan, al cual pertenecen los que efectuaban el sacrificio.

Parece que en estas ceremonias era siempre una persona la víctima sacrificada, ya que todos los demás prisioneros o eran muertos de antemano, o regalados a caciques amigos “de otras

provincias, para que allá los maten y hagan fiestas con ellos y haciendo ostentación de la buena suerte que han tenido y de los muchos cautivos que han traído, y provocando a los caciques a que hagan otro tanto y les correspondan con lo mismo. Y el empeño es forzar, porque aunque sea de allí a mucho tiempo, han de pagar aquel cautivo con darles otro que maten" (Rosales, l. c. : 124).

Interesante es recordar que los mapuches despreciaban a los que se mostraban cobardes en el sacrificio, esto es, "si gritaban o daban gemidos; sus huesos y sus carnes eran arrojados con desprecio y no aprovechados en las ceremonias".

González de Nájera, nos dá cuenta de un caso de crueldad, que le sucedió al alférez don Guíñez de Buendía, tomado prisionero por los indios con treinta españoles más, a quienes dieron muerte. A Buendía le cortaron las piernas estando todavía vivo, hicieron cornetillas de los huesos de ellas, haciéndole chupar a él mismo la médula de sus huesos cortados. No contentos todavía con estas crueldades, le afearon su cuerpo e hicieron otras cosas deshonestas con él.

El mismo autor, González de Nájera, dice "a muchos les van comiendo a medio asar a vista de sus propios ojos, los pedazos que le cortan de sus carnes, sin reservar después las que les quedan en los ya difunto cuerpo. Y en fin, es tan grande la rabiosa e insaciable sed que tienen, de que no quede memoria de nosotros en vida, ni en muerte, que hasta los huesos se beben quemados y hechos polvos, mezclados en sus vinos".

No hay duda, que muchos de los informes que nos ha legado la crónica colonial, son erróneos y exagerados. Muchos todavía son contados de oídos y se han prestado a severas críticas.

Pero autores como el Padre Diego de Rosales y A. González de Nájera, nos merecen todo el respeto y sus descripciones tan minuciosas de las costumbres de los antiguos mapuches, nos merecen todo nuestro crédito y constituyen un aporte valioso a la etnología de los indígenas de Chile, ya que han conocido personalmente a nuestros aborígenes y han actuado en el territorio donde ellos han vivido.

La costumbre de efectuar sacrificios humanos y de comer después la carne de sus víctimas era universal en épocas remotas; ya en la Biblia encontramos un gran número de ejemplos sobre esta costumbre, especialmente en los libros atribuidos a Moisés. Herodoto y otros grandes historiadores de fama de la antigüedad, en sus obras aun hoy día inmortales, traen también citas de muchos pueblos de Europa, Asia y Africa, que sacrificaban sus semejantes a sus dioses y en muchísimos casos, éstos eran luego comidos en ceremonias especiales.

Además, carne humana desempeñó un importante papel en la terapéutica antigua y muchas enfermedades eran curadas suministrando carne del *Homo sapiens* a los enfermos, y se dice... que "la carne humana es extraordinariamente sabrosa y agradable al paladar, y, quien la haya comido una vez, la prefiere siempre".

Los aztecas de Centro América, antes de la llegada de los españoles, sacrificaban a sus dioses, miles de individuos humanos de una sola vez; recogían la sangre de estas víctimas en recipientes sagrados especiales, la mezclaban con harina y se la daban a comer al pueblo creyente; sus sacerdotes y los príncipes sólo comían los brazos y las piernas de los sacrificados, lo demás se daba a los animales, especialmente a las aves silvestres o se quemaban en lugares determinados <sup>(3)</sup>.

Costumbres semejantes se hallaron también en el Perú de los incas, donde existían templos especiales dedicados al culto del sol y donde se sacrificaban, varias veces al año, en fecha determinada, seres humanos, especialmente sus prisioneros de guerra, a sus deidades.

Como lo hemos visto, ha existido entre los antiguos mapuches la antropofagia, hecho que queda confirmado por el testimonio de casi todos los cronistas. Pero es necesario recalcar que esta antropofagia era siempre ritual y que estaba en íntima relación con el culto a los antepasados, es decir, de origen totémico. "Era una ceremonia en que comulgaba, no solamente los concurrentes, sino también el tótem del clan y el pillán, por la sangre que les ofrendaban y las aspersiones que hacían con la misma". Todos tomaban parte en esta ceremonia, comiendo parte del sujeto sacrificado, y esto se hacía, fuera de la víctima humana cautivada, o simplemente con algún animal cualquiera, y con una chupada de la sangre del corazón que aún latía.

"Los araucanos, dice Latcham, no eran antropófagos en el sentido de satisfacer sus apetitos con carne humana, como hacían tantas otras tribus sudamericanas... que capturaban y engordaban a todos los extraños que pudieran haber a mano, para después comérselos sin perdonar aún a los que caían en el campo de batalla".

"La razón de esta costumbre bárbara y sangrienta, practicada por los antiguos mapuches durante muchísimos siglos, la hemos de buscar en las ceremonias totémicas. Esta costumbre fué heredada de sus antepasados y la manera más segura de captar la buena voluntad de éstos era seguir en todos los pormenores las prácticas que ellos habían dejado establecidas, participándoles en sus venganzas y alegrándoles con los tormentos y muerte de sus enemigos (La organización social y las creencias religiosas de los antiguos mapuches : 639)".

Pero, existió una excepción; durante los primeros años de la conquista española, en la región comprendida entre los ríos Cautín y Valdivia, hubo una gran hambruna; y por datos oficiales y por los primeros cronistas sabemos que en muchos lugares de aquella región, los indios organizaban verdaderas cacerías y "cazaban" a sus semejantes para luego comérselos. Eran los únicos casos de un verdadero canibalismo conocido entre los antiguos mapuches, y sobre el cual hablaré en un capítulo siguiente.

Pero cosa curiosa: aun hoy día, encontramos entre nuestros mapuches tradicionalistas, restos de este culto totémico, ya que

ellos efectúan los mismos sacrificios, simbólicamente. Me refiero a la ceremonia que aun hoy efectúan, bajo el nombre de **nguillatun** o rogativa. Durante la celebración de estas rogativas evocan todavía al antepasado del clan, bajo la deidad de **Chau guenechen** (\*), Padre guenechen, creador de todo que "domina la tierra, como un rey, que dá vida y fecundidad a los hombres, animales y plantas, que dispone de las fuerzas de la Naturaleza para dicha y perdición de los hombres; lo llaman **chau** (padre), porque creen que ellos han sido engendrados por él (para más datos, véase las muy interesantes "Lecturas Araucanas" por el R. P. Félix José de Augusta).

El sacerdote que preside un guillatún lo llaman **guenpin**, y es generalmente un machi o un anciano de respeto, ayudado por ayudantes que sacrifica, de acuerdo con un ritual establecido, uno o varios animales, generalmente ovejas (hueques) y en algunos lugares también potrillos y toritos de color negro. La sangre es recogida con precaución en ciertos recipientes de madera y con ella se hacen aspersiones, untan ciertos objetos y el resto se deja en el **llangui-llangui**, ofreciéndola, por esta manera al **chau guenechen**, a quien solicitan favores a beneficio de la comunidad y de los mapuches asistentes. Más tarde, los hueques sacrificados son asados y, luego, comidos, bebiéndose hárt mudai, bebida que también tiene un significado simbólico.

En los guillatunes actuales encontramos todo el totemismo, ceremonia heredada desde tiempos inmemoriales, cambiándose sólo la víctima, que ahora es un animal domesticado y que antes era un prisionero de guerra o un connacional y muy raras veces, también, algún animal, que simbólicamente, representaba al sacrificado. Antes, probablemente, solicitaban al **Chau guenechen**, éxito en sus guerras y malones; ahora, algún beneficio material para toda la reducción o personal para el cacique o jefe.

Una costumbre intermedia entre el sacrificio humano y el actual guillatún, la encontramos en la manera de preparar la guerra y hacer las paces que celebraban en ciertos recintos sagrados. En la página 113 de la **Historia General de Chile**, de Rosales, encontramos lo siguiente: "Para este razonamiento tiene clavado en la tierra el **toqui** o pedernal negro ensangrentado con una lanza, y atadas a ella, algunas flechas ensangrentadas; él (el cacique) está en pie junto al **Toqui** con una flecha y un cuchillo en la mano, y ofrece a todos los soldados una ovexa de la tierra que matan allí luego dándole con un garrote un golpe en la cabeza y otro en los lomos, con que cae en tierra, y sacándola el corazón vivo y palpitando, untan con él las flechas y el **Toqui**, les dicen con voz arrogante: "Hartaos, flecha, de sangre, y tú, **Toqui**, bebe y hártete también de la sangre de el enemigo, que como esta ovexa ha caído en tierra, muerta, y le hemos sacado el corazón, lo mismo hemos de hazer con nuestros enemigos con tu ayuda". Y pasando el corazón de mano en mano por todos los caciques, vuelve a la del **Toqui General**, y con él en la mano prosigue el razonamiento, diciéndoles: "Que de aquel corazón y de aquella ovexa han de comer y participar todos los de aquella Junta, para unirse en un corazón y en una voluntad

y no tener diversidad de corazones y de voluntades, sino ir a una contra el enemigo, sin que los trabajos, ni las dificultades de la empresa, ni las armas del enemigo, los divida, ni aparte de la unión de un alma y de un corazón”.

Claudio Gay, en sus Documentos (tomo I : 490), al publicar: *Noticias sobre las costumbres de los Araucanos*, al dar cuenta de la manera de preparar las guerras, dice entre otras cosas lo que sigue: . . . y luego, que están juntos les dice (el cacique) tiene malos sucesos que comunicarles, y para oírlos y disponer el remedio es necesario ensangrentar las lenguas y las armas; y luego que dice esto, llegan dos indios que tiene prevenidos al chilihueque, el uno con la macana y el otro con un cuchillo: el de la macana le da un golpe con ella en la cabeza, con que cae muerto, y en un momento el del cuchillo le saca el corazón por entre las costillas, y palpitando lo pasa a toda prisa por las bocas de todos los caciques, y cada uno le da un chupón, y se ensangrientan lengua y boca, y luego con el mismo corazón ensangrienta el yerro de la lanza, la cual pasando de mano en mano, blandiéndola cada uno, y lo mismo hacen con la macana. . . .”

Con la desaparición de Pedro de Valdivia, que fué muerto por los mapuches, después de la batalla de Tucapel, a fines del año 1553, la Araucanía, especialmente la zona comprendida al sur del río Cautín, es azotada por toda clase de calamidades, tanto militares, como civiles, produciéndose entre los indios hambres y enfermedades de fatales consecuencias, no sólo para ellos, sino también para los mismos españoles.

Por otra parte, en las distintas poblaciones, los Cabildos discutían y nombraban, cada uno por su propia iniciativa, al futuro gobernador de Chile, fomentando así la formación de pequeños, pero ambiciosos grupos de militares y de civiles, que casi produjeron una guerra civil entre los españoles. Estos, a su vez, sufrían una nueva y más grave derrota en Mariguenu, que trae como consecuencia el despueblo de la Concepción, manteniéndose firme sólo La Imperial y Valdivia; Angol y Villa Rica, también fueron abandonadas por sus vecinos. En todas partes los indios iniciaban una abierta insurrección general contra los españoles.

Era Gobernador de La Imperial, en aquella fecha, don Pedro de Villagra, primo de don Francisco de Villagra, y viendo que no recibía auxilio militar del norte, preparó la defensa de aquella plaza secundado por sus oficiales y soldados, que, según algunos autores, no alcanzaba a cien hombres. Poseían buenos caballos y algunos perros bravos y vigorosos que debían ser luego poderosos auxiliares en los combates. Villagra construyó palizadas en las principales calles de La Imperial, colocó centinelas en los puntos más estratégicos de los alrededores y esperó cualquier ataque de los indios, que sólo se presentaron frente a la ciudad en la segunda quincena de Abril de 1554.

“Cuando los españoles se preparaban para sostener un combate de dudoso resultado, dice Barros Arana, *Historia General de Chile*, II : 59, visto el gran número de los asaltantes, sobre-

vino el 26 de Abril de aquel año, una gran tempestad de viento y lluvia, acompañada de truenos y relámpagos, que sembró la desorganización y el espanto entre los indios. Supersticiosos y groseros, aquellos bárbaros vieron, sin duda, en los accidentes de aquella tormenta un pronóstico seguro de su derrota, y desistiendo de su propósito, se volvieron a sus casas en completa dispersión.

“Después de esta frustrada tentativa, fué imposible por entonces, sacar nuevamente a campaña a los indios de las serranías de Tucapel y Purén, que eran los que formaban el núcleo de la formidable insurrección”.

La Imperial fué salvada únicamente por un milagro del inminente peligro que la habían amenazado los indígenas. Se dijo entonces y lo cuentan las antiguas crónicas que, la Virgen María, bajo la advocación de Nuestra Señora de las Nieves, “para amparar a la ciudad cristiana, aterró con su presencia, desde una nube a los idólotras que se dirigían a incendiarla”. Desde entonces, hasta su destrucción, fué la Virgen de las Nieves, la patrona de La Imperial (véase Hugo Gunckel Lüer: *El culto a la Virgen de las Nieves en La Imperial*, publicado en “El Diario Austral”, año XXVI, N.º 9236, Temuco, 5/VIII/1941).

La fe que los españoles prestaron a este milagro, alentó su confianza y los estimuló a tomar la ofensiva contra los indígenas de aquella comarca. Sea de ésto, lo que se quiera, don Pedro de Villagra supo sacar provecho y determinó imponerse a los insurrectos a fuerza de audacia y de crueldades.

Con este objeto, a base de frecuentes correrías por los campos, desde capitán hasta el último de sus soldados, hacían a los indios una guerra sin cuartel. Quemaban sus rucas, asesinaban a sus habitantes, hombres, mujeres, ancianos y niños, y “los perseguían con la más obstinada tenacidad sin perdonar la vida a uno solo”, destruyendo al mismo tiempo, todas sus cosechas y siembras, llevándose sus animales que servían luego de alimentos a los españoles. Los indios huían y se refugiaban en los bosques y en algunas islas del lago Budi, al sur del río Imperial (o Cautín); pero, también a esos lugares llegaban los españoles y efectuaban verdaderas carnicerías, con la ayuda de sus perros.

Los habitantes de la plaza de Valdivia efectuaban la misma campaña de exterminio y después de ocho meses de lucha, casi a diario, las ciudades de La Imperial y Valdivia, se pudieron comunicarse de nuevo y ayudarse mutuamente.

También enviaron emisarios al norte, para solicitar auxilios y para saber lo que sucedía a las demás ciudades. Para esto, se embarcaron varios en Valdivia, recorrieron la costa, llegando hasta La Concepción, donde encontraron despoblada la ciudad y continuaron viaje a Valparaíso. Al regresar de nuevo a La Imperial, pudieron informar de muchas cosas desastrosas e increíbles y que don Francisco de Villagra con ciento cincuenta soldados se preparaba a ir a auxiliar a las ciudades australes.

Efectivamente, a los tres meses después, llegaba, por tierra don Francisco, a La Imperial, intensificando la campaña contra los indígenas.



Durante el verano de 1554 asoló a todo el sur de Chile una gran sequía, que volvió a aparecer al año siguiente con caracteres alarmantes; sobre ella dice Ercilla:

“Que la mar, reprimiendo sus vapores,  
faltó la agua y virtientes de la sierra,  
talando el sol en tierna edad las florees,  
ayudado del fuego de la guerra.

Como creció la seca y las calores,  
por falta de humedad la árida tierra  
rompió banco y alzóse con los frutos,  
dejando de acudir con sus tributos”.

Con la guerra ofensiva iniciada por Francisco de Villagra, los indígenas que habían vencido a Pedro de Valdivia en Tucapel y al mismo Francisco de Villagra, “pasaban después de sus victorias, por una situación aflictiva y cruel”. Habían derrotado a sus enemigos, pero la guerra les costaba ahora horriblemente caro.

No entraré en detalles sobre estas guerras, ya que no es el tema de este trabajo; sólo recordaré que los indígenas quedaban vencidos, sus campos y sus rucas destruídas, lo mismo sus siembras y cosechas, y un gran número de ellos muertos en las batallas y correrías de los españoles, salvándose una parte en los bosques impenetrables y en el otro lado de la cordillera nevada.

Mientras tanto, venía encima el invierno que aumentaba aun más las calamidades contra los mapuches, que ahora, también, morían de hambre. Los de la costa hallaron su alimento en la pesca y mariscos del mar, que sabían obtener y preparar desde tiempos muy remotos; los del interior, a su vez, se alimentaban de frutas y plantas de los montes, especialmente de las frutas del pehuén o araucaria, pero los del centro, sufrían las consecuencias del hambre, en forma verdaderamente fatal.

Y fué en esa ocasión, en que formando pequeños grupos los indígenas, salían a efectuar verdaderas cacerías de sus propios connacionales, cazándolos, para luego comérselos. Fué esta, tal vez, la única vez en que los mapuches, en la época histórica, han efectuado verdadera antropofagía, comiéndose mutuamente por necesidad del hambre. Sobre el particular dice Ercilla en una de sus octavas:

“Causó que una maldad se introdujese  
en el distrito y término araucano,  
y fué que carne humana se comiese,  
inorme intriducción, caso inhumano!  
y en parricidio atroz se convirtiese  
el hermano en sustancia del hermano:  
tal madre hubo, que al hijo muy querido  
al vientre le volvió do había salido”.

Felizmente este canibalismo fué sólo accidental y fué originado por el hambre y por la miseria de esos días.

Góngora de Marmilejo dice que esta alimentación producía a los indios una gran palidez en el rostro, por la cual se reconocía a los que habían comido carne humana.

La crónica de Mariño de Lobera, capítulo 51, ha contado estos mismos horrores del hambre, con rasgos que demuestran la ignorancia de los españoles de aquellos años, aún de los que tenían alguna ilustración, en lo que se refiere a fisiología y anatomía del cuerpo humano. Dice Mariño de Lobera, lo siguiente: "De aquí procedió una monstruosidad estupenda; y fué que por andar todo a río revuelto dejaban los indios de poner las manos en el arado, ocupándolas en los arcos, lanzas y macanas. Y así vino a la tierra tanta esterilidad y hambre, que lo lastaban los españoles y también sentían la falta los mismos indios.

En resolución vino la cosa a términos, que se andaban matando unos a otros, para comer el matador las carnes del que mataba; lo cual duró por algunos meses con tanta fiera que causaba no menos lástima que espanto. Y aunque después se comenzó a dar maíz y trigo y otros mantenimientos en abundancia, con todo eso no cesaba el fiero abuso cumpliéndose la común sentencia que dice: no me pesa de que mi hijo enfermó, sino de las mañas que tomó; de suerte que todo el año de 1554 y el siguiente de 1555, estaban los indios tan regastados a comer carne humana que tenían carnicerías della, y acudían a comprar cuartos de hombres, como se compran en los rastros las del carnero.

"Y en muchas partes tenían los caciques, indios metidos en jaula, engordándolos para comer dellos. Y tenían ya los instrumentos necesarios para el oficio de carniceros como tajones, machetes y perchas, donde colgaban los cuartos. Llegó la gula a tal extremo, que hallaron los nuestros a un indio comiendo con su mujer a un hijo suyo en medio de quien iban cortando pedazos y comiendo. Y hubo indio que se ataba los muslos por dos partes y cortaba pedazos dellos comiéndolos a bocados con gran gusto. Finalmente estando un indio preso en la ciudad se cortó los talones para poder sacar los pies del cepo, y con ser tiempo de tanta turbación por ponerse en huída de los españoles no se olvidó de los talones; antes los primero que hizo fué irse al bosque y hacer un fuego para asarlos en él, aunque con insaciable apetito los comió antes de medio asado". (3).

Pero, ni aquí terminaban los sufrimientos de los indígenas. Después del hambre sobrevino una gran epidemia, que continuó la matanza de ellos.

"A las terribles calamidades, escribe el Abate Molina, **Compendio de la Historia Civil del Reyno de Chile**, parte II : 159 (edición española del año 1795), que lleva consigo la guerra, se añadió la de la pestilencia. Algunos soldados que se encontraron en la susodicha correría, estando aún infecto, o salidos frescamente de las viruelas, esparcieron por primera vez en todas aquellas provincias este mortal contagio, el cual hizo allí tanto mayor estrago cuanto era menos conocido.

“Entre los varios distritos, había uno que habitaban doce mil personas, de las cuales no quedaron con vida más que unas cientos (6). Esta pestilencia, que por su continuación ha sido más perniciosa que ninguna otra al género humano, se había introducido poco antes en los lugares boreales de Chile, donde de tiempo en tiempo no ha cesado de volver a aparecer con gran daño de aquellos nacionales”.

Las crónicas, al dar cuenta de esta peste, lo hacen pintándonos las fatales consecuencias con números verdaderamente increíbles.

“Entrando la primavera, dice uno de ellos, les dió en general una enfermedad de pestilencia, que ellos llaman *chavalongo*, que en nuestro idioma quiere decir dolor de cabeza, que en dándoles los derribaba y como los tomaban sin casas y sin bastimentos, murieron tantos millares que quedó despoblada la mayor parte de la provincia. Algunos bárbaros acosados por el hambre y por las enfermedades, desponían su natural altivez y acudían a La Imperial a pedir limosna a los cristianos, llevando una cruz en la mano para mover el corazón de éstos”.

Es difícil actualmente, reconocer que clase de enfermedad era esta “peste”, ya que los primeros cronistas no nos han dejado la descripción exacta de la marcha de la enfermedad. La palabra *chavalongo* o *chavalonco* significa únicamente dolor de cabeza; según el Vocabulario del P. Valdivia, *modorra*, esto es, “un estado de postración y de fiebre que acompaña a muchas dolencias”. Era un síntoma común a muchas enfermedades y no a una determinada.

“Los españoles, que tomaron la palabra *chavalongo* de los indios, le emplearon para designar las grandes fiebres y, aún, en nuestros días, dice don Diego Barros Arana, l. c. tomo II : 62, hemos visto usada la palabra *chavalongo* como sinónimo de fiebre tifoidea”. Sin duda, la epidemia a que nos referimos debe haber sido la fiebre tifoidea, debiendo haber incluido en su propagación la completa falta de higiene, acompañada de una alimentación muy deficiente y anormal y principalmente a la falta de una defensa orgánica del cuerpo del indígena, que no conocía esta enfermedad y fué nueva para él”.

Algunos autores de la era colonial han querido ver en esta epidemia la primera aparición de las viruelas (Molina, por ejemplo, según sus palabras que he citado más arriba), enfermedad desconocida en América y que hizo más tarde los más horribles estragos entre los indígenas del continente, especialmente entre los de Chile. Aunque esta opinión ha seguido por algunos historiadores modernos chilenos, la creemos infundada. Las viruelas eran perfectamente conocidas de los españoles y, sin duda, algunos de los primeros cronistas habrían dado el nombre español a la enfermedad y no un término mapuche. La primera epidemia de viruelas en Chile tuvo lugar a fines de 1561 y a principio de 1562.

Si damos crédito a testigos oculares, citados por don Crescente Errázuriz, en *Historia de Chile: Sin Gobernador, 1554-*

1557 : 198, y que no tienen interés en engañar, pero cuyos asertos inspiran desconfianza por la magnitud de la desgracia que refieren la "Peste" y el hambre, dejó reducido 40.000 indios de guerra a menos de 14.000 en todo el territorio de la Araucanía. Hernando Ortiz de Zúñiga, dice que cuando hubo llegado ollá (a La Imperial) fué a visitar su encomienda y en cerca de ochocientos no encontró más de cien indios; según otro, de un repartimiento de tres mil indígenas no quedaron ni doscientos.

"Pedro Olmo de Aguilera, distinguido vecino de La Imperial, dice Olivares, afirma en un escrito presentado al obispo Fray Antonio de San Miguel, a 22 de Junio de 1573, que de diez a doce mil indios que le dió en repartimiento el gobernador Pedro de Valdivia por Marzo de 1552, sólo le dejó ciento la mortalidad y don Hernando de San Martín, vecino de la misma ciudad, en una escritura de cierta obra pía, fecha en Agosto de 1573, dice que de ochocientos indios que el mismo gobernador Pedro de Valdivia le hizo, no le quedaron sino ochenta. Algunos autores, sin duda, han exagerado aun más estos números. Góngora de Marmolejo, dice en su crónica que "donde había un millón de indios no quedaron ni seis mil", detalle imposible de aceptar ya que creemos que el número total de indios en la época de la llegada de los primeros españoles alcanzaba en toda la Araucanía apenas a medio millón de personas, y esto, con mucha reserva (Hugo Gunckel Lüer: ¿Cuántos indígenas han vivido en la Araucanía desde la Conquista? Temuco, 1941).

En todo caso, debemos aceptar con reserva el coeficiente de mortalidad de acuerdo con los números que citamos más arriba, que "habría costado a los indios la pérdida de nueve décimos, más o menos, de su población, y los habría reducido a la más absoluta impotencia para continuar la guerra", como lo indicaba don Diego Barros Arana, con mucha razón.

Según los documentos, el chavalongo hizo estragos no sólo entre los indígenas, sino también entre los españoles, en Valdivia, por ejemplo, donde falleció, afectado de él, el Padre Mercedario Fray Antonio de Olmedo (como lo demostramos en un trabajo intitulado: *El Primer Médico que hubo en Valdivia*).

En los primeros meses de 1555 empezaron a sentirse de nuevo los efectos de la gran sequía, que había principiado ya el año anterior. Las cosechas de trigo y cebada fueron escasísimas, de modo que "la fanega llegó a pagarse a tres y medio a cuatro pesos", precio enorme, si se tiene en cuenta el valor del peso en esos años; pero lo más grave fué la pérdida de las siembras de maíz y de papas, principal alimento de los indígenas, debido a la misma sequía.

Refiere don Antonio de Martínez, vecino de La Imperial, que una siembra de cuarenta fanegas de maíz y más de doscientas fanegas de papas, cosechó sólo ocho o diez de maíz y sólo veinte de papas. Por suerte en algunos lugares los españoles han podido cosechar un poco, recibiendo de esta manera, una pequeña ayuda en alimentos.

Villagra tomó todas las medidas que estaban a su alcance a fin de disminuir los estragos del hambre. Ordenó, que de su repartimiento, se le enviase cuantos mantenimientos fuera posible y se dice que se le remitieron hasta dos mil fanegas de trigo. Hizo comprar granos en las provincias del norte, repartiéndolos entre los más necesitados y obligó a los diezmeros a que entregasen gruesas cantidades de alimentos. Obligó, por último, a varios vecinos de La Imperial hacer lo mismo. Con todas estas medidas pudo en parte aliviar la situación del hambre y eliminar de esta manera también la "peste". Hasta alcanzó a ayudar a las plazas de Valdivia y Angol y "tan lejos llevó la generosidad que en su propia casa faltó el alimento y hubo de buscarlo para mantenerse".

A principios de otoño del 1556 don Francisco de Villagra acordó dar por terminada su labor en La Imperial, dirigiéndose a Santiago, con el objeto de reclamar ante el Cabildo de la capital, la Gobernación de Chile, para sí; entregó a don Pedro de Villagra de nuevo el mando de toda la región austral, con el fin de conseguir la tranquilidad y la normalización de la Araucanía.

Los indios volvían a las encomiendas y a las plazas con la cruz de Cristo en la mano en señal de paz: ellos fueron recibidos por los españoles con buen trato y con abundantes alimentos y así se olvidaron lentamente de aquella época tan negra y tan llena de calamidades de toda clase.

## NOTAS

1) **Pello**: el actual mapuche llama **Pellu**, el choro (marisco) y **Pelluntu**, las valvas de choro.

2) "Donde se manifiesta más la crueldad y ferocidad de estos indios, escribe el P. Rosales (l. c. : 123-125), es en el modo tan bárbaro y cruel que tienen de matar a sangre fría a los cautivos que cogen en la guerra, assi Españoles como indios de su propia sangre y de su propia nación, porque en llegando a sus tierras de vuelta de alguna jornada, hazen una gran borrachera para solemnizar la victoria, y sus mugeres les tienen prevenida mucha chicha. Y assi mismo el Toqui general que los convocó para la jornada les tiene para el recevimiento grandes abundancia de chicha y les da muchos parabienes, y él también los recibe por el buen successo, como autor y promotor que fué de la jornada. Y para que se celebre la fiesta con más solemnidad llevan atado a ella un cautivo Español o indio para matarlo a su usanza, delante todo el concurso de la gente, que a casos semejantes vienen de muy lexos los viexos con sus bordones, y los enfermos se animan a lebantarse de las camas como quien viene a ganar un jubileo pleníssimo. Y si los cautivos que tienen son muchos, embían algunos a otras provincias para que allá los maten y hagan fiestas con ellos, haziendo ostentación de la buena suerte que han tenido y de los muchos cautivos que han traído, y pro-

vocando a las otras provincias a que hagan otro tanto y les correspondan con lo mismo. Y el empeño es forzoso, porque aunque sea de allí a mucho tiempo han de pagar aquel cautivo con darles otro que maten.

“Las ceremonias que hazen para matar a un cautivo son notables, porque en juntándose toda la tierra en la plaza de armas, que es el *Lepan*, lugar dedicado para estos actos públicos, trañen al cautivo que an de quitar la vida atadas las manos y con una sogá al cuello, de donde le van tirando, y al que assi lleban le llaman *Guequeche*, que quiere dezir en su lengua: hombre que an de matar como carnero, porque le matan del mismo modo que matan los carneros de la tierra, y suple en las fiestas grandes por un carnero. Si le lleban a caballo, dan tres vueltas con él con gran furia, corriendo alrededor de la gente que le está esperando con sus lanzas en las manos puestos en rueda, y acabadas las vueltas con grande grita y algazara le meten en medio de la rueda, donde tienen ya los caciques clavados sus toquis de pedernal negro en el suelo y atadas a ellos sus flechas ensangrentadas. Si le lleban a pie, hazen una calle larga de toda la gente y por ella le lleban como a la vergüenza y todos le dizen muchos valdones, particularmente las vieexas; y que se harten de ver el sol, que ya no le ha de ver más, que llegó el día en que ha de pagar los males que ha hecho; y si es alguno que ha sido valiente y les ha hecho mucho daño en la guerra, llegan a él las vieexas y le dizen: “qué es de mi hijo o mi marido que me mataron en tal tiempo? Vuélvemele, y si no, ahora, he de comer de tus carnes: esa mala cara qué podía hazer? Tus maldades te han traído a nuestras manos, ahora la pagará”. Y en llegando al medio se ponen todos en rueda y hazen temblar la tierra dando muchas voces y diziendo: **muera, muera!**

“Quando el que quieren matar es algún indio noble o algún soldado valiente, le dan lugar para que hable, y sontan animosos, que aunque ven que los quieren matar, hazen sin turbación ninguna un elegante razonamiento con grande arrogancia.

Y suele ser el razonamiento tan eficaz, y tales las esperanzas que se prometen de él, que le perdonan, y entonces matan un perro negro y con él hazen las ceremonias que avían de hazer con el indio o con el Español.

“Pero si no es persona de quien esperan alguna grande suerte o están muy encarnizadas contra él por averles hecho muchos daños y temerse otros mayores si le dan la vida, dizen todos en voz alta: *lape, lape, muera, muera*. Y entonces le hazen encar de rodillas y le dan un manoxo de palitos y que con uno haga un hoyo en la tierra, y que en él vaya enterrando cada uno de aquellos palitos en nombre de los indios valientes y caciques afamados de su tierra. Y hecho el hoyo, nombra en voz alta a alguno de su tierra y hecha un palito en el hoyo, y assi va nombrando a los demás hasta que no le quede más que el último, y entonces se nombra a sí mismo y dize: “yo soy éste y aquí me entierro, pues ha llegado mi día”, y mientras está echando tierra en el hoyo le da uno por detrás con una porra en la cerviz y luego cae sin sentido en el suelo. Y le abre uno

por el pecho y le saca el corazón palpitando, y otro le corta la cabeza, otro la una pierna y otro la otra para hazer flautas de sus canillas; y otro tirando del cuerpo le arrastra y le echa fuera de la rueda, hazia la parte de el enemigo, a que se le coman los perros y las aves.

“El que le sacó el corazón le clava con un cuchillo y pasado de parte a parte se le da al Toqui general y ba passando de mano en mano por todos los caciques, haziendo además de que se le quieren comer a vocados, y dando la vuelta, vuelve a las manos del que se le sacó y con la sangre de el corazón unta los toquis y las flachas, diziéndolas que se harten de sangre. Los que le cortaron las canillas y los brazos los descarnan en un momento, y en estando el hueso limpio le agugerean y hazen una flauta con que tocan alarma y sacudiendo con los pies la tierra la hazen temblar, blandiendo juntamente las lanzas y entretegiéndolas unas con otras, causando pabor con el ruido y la vocería. El que cortó la cabeza la echa a rodar por el suelo hazia la tierra enemiga, y abre una calle la gente, por donde la lleba rodando, y toman tabaco en humo y por la misma calle le van echando a vocanadas, retando al enemigo y diziendo que con los que allá están, han de hazer lo mismo. Y si la cabeza se queda el rostro hazia el enemigo, lo tienen por buena señal y dicen que han de alcanzar victoria; pero si se queda vuelta hazia ellos lo tienen por mal agüero y temen que les ha de ir mal en la primera ocasión.

“Hecho esto levantan en una pica el corazón el que le cortó, y al mismo tiempo el que cortó la cabeza la clava en una estaca, y al fin de la calle donde estaba arroxada la levanta en alto, vuelto el rostro hacia el enemigo. Y tocando las flautas hechas de las canillas y de los brazos de el muerto, comienzan a cantar victoria. . .

“Mientras están cantando andan al rededor de la rueda de la gente algunos indios desnudos hasta la cintura, con las lanzas arrastrando, dando carreras con grande furia y diziendo a voces y con grande arroganzia: “Ya pe pullimen, hazed temblar la tierra, valerosos soldados; tiemble el mundo de vosotros, paxaros cazadores, leones valientes, rayos espantosos”, nombrándolos con el nombre de **Quedu, quedu**, que es el nombre de un páxaro muy veloz y ave de rapiña que con presteza coge y despedaza a los paxarillos, dando a entender que assi son ellos, como aves de rapiña que cazan como a paxarillos a sus enemigos y los despedazan con sus uñas y su pico comiéndoselos a pedazos. Y diziendo esto, el que tiene el corazón enarbolado en la pica y como estandarte de victoria, le baxa y le despedaza en menudos pedazos y los va repartiendo entre los caciques para que le coman el corazón de aquel que tan inhumanamente despedazaron.

“Con esto beben y hazen gran fiesta, dejando el cuerpo sin que le de ninguna sepultura, y la cabeza la desuellan y hacen de el pellexo apretador o guirnalda para la cabeza que llaman **mañague**, y le suelen hazer de los pellexos de las zorras y de las aves y de otros animales, dexando la cabeza del animal o de el ave enel pellexo, la cual en la guirnalda que hazen cae en la

frente por gala con el pico de las aves y los dientes de los animales. Y esta misma gala hazen del pellexo de la cabeza del cautivo que matan. Y el casco le cuezen y le quitan la carne y los sesos y luego beben en él los caciques principales. Y a veces son tan inhumanos y tan carniceros, que beben en el casco de la cabeza antes de descarnarla y guisarla los sesos, haciendo gala de esta barbaridad, y punto de honra... en que beban en la cabeza los caciques y gente noble y no la plabeya”.

“Si el cráneo, no obstante los golpes de la maza, se conserva sin romperse, hazen de él una taza, que llaman rarilonco, de la cual se sirven para beber en sus banquetes, como lo hacían los antiguos escitas y godos” (Molina. l. c. : 166).

<sup>3)</sup> En un reciente estudio publicado por G. C. Vaillant, en *Natural History*, vol. XLVI: 107-111 (Nueva York, 1940), intitulado: **Human sacrifice in Ancient Mexico**, llega a la conclusión de que los sacrificios humanos entre los Aztecas, tenían un carácter religioso y que se basan en dos presupuestos distintos: en que las fuerzas sobrenaturales están movidos por las mismas ideas y emociones que el hombre, y en que se cierra un contrato en el que el Hombre paga, ya sea por adelantado ya posteriormente, por un beneficio otorgado por la divinidad.

<sup>4)</sup> **Ngenechen**, o mejor: **Chau-ngenechen** es el nombre con que los mapuches designan a la deidad a la cual dedican los sacrificios de sus nguillatunes (guillatunes) y que es considerado como un ser creador del universo, dominador de la tierra y del cielo, que da vida y muerte a todos los seres de su creación y que dispone de la fuerza para dar bienestar y mala suerte a los seres humanos; de él depende el tiempo y el resultado de las cosechas agrícolas y el éxito de cualquiera empresa, que emprenden los mapuches.

Es, sin duda, **ngencchen**, una palabra, cuyo origen etimológico debe remontarse a tiempos inmemoriales.

En la lengua de los **huarpes**, antigua, hoy desaparecida entidad racial, que habitaban la provincia de San Juan (en la Argentina), encontramos la palabra **elwanichan**, por creador (citado por Salvador Canals Frau, *La Lengua de los Huarpes de San Juan*, Anales del Instituto Etnográfico Americano, tomo II : 158. 1941).

En varios idiomas de antiguos pueblos del Brasil encontramos también esta misma raíz con el mismo significado de ser creador.

Por otra parte, esas palabras tienen casi todas la raíz **ngen**, que a veces se transforma en **gnin**, **ngin**, etc., y que encierra la idea de fuego y que encontramos en varios idiomas primitivos: Sanscrito, a-gni; latín i-gni; esclavo, o-gni, etc. Tal vez, no sería aventurar afirmar que la palabra mapuche que nos ocupa (**ngenechen** y sus varios derivados) tuviera su origen etimológico en aquella raíz antigua que encierra la idea **FUEGO**, y en este caso, la podemos hacer derivar, dándole un significado de Creador del Fuego, o sea el Sol, que simbólicamente repre-



senta en muchas religiones el principio de todas las cosas del universo.

Son meras suposiciones, pero el tema es interesante y con- vendría dedicarle una investigación más amplia y de compara- ción con muchos idiomas primitivos, no sólo de América, sino también de otros continentes.

5) Indica un autor, que después de que Villagra hizo des- amparar la ciudad de La Concepción y devastar los campos, los indios no teniendo que comer "se comían los unos a los otros; cosa de grande admiración! que la madre mataba al hijo y se lo comía, y el hermano al hermano; y algunos hacían trabajos y los daban un hervor en algunas ollas con agua de arrayán y después, puestos al sol y secos, los comían". (Alonso de Góngora de Marmolejo, *Historia de Chile, desde su descubrimiento hasta el año 1575*; cap. XIV. Colección de Historiadores de Chile, to- mo II : 57, Santiago, 1862).

6) A estas palabras, el Abate Molina agrega la siguiente nota marginal:

"Referiremos una anécdota que hace conocer el horror que tomaron los Indios a las viruelas. Quando pasó, provisto por el Virrey Marqués de Montes Claros, el Gobernador Juan Xaraque- mada, de Lima a Chile, llevó consigo botijas de pólvora, de miel, de vino, de aceytunas, y de varias simientes, entre ellas de lente- jas; al descargar éstas, se rompió una botija, los Indios del servi- cio, que todo lo observaban, creyeron que eran Viruelas que conducía el Gobernador para sembrar en aquellas provincias, y por este medio exterminarlos. Inmediatamente se participaron unos a otros la noticia, para impedir toda comunicación, y por consiguiente se pusieron en arma, matando quarenta Españoles que se hallaban entre ellos con el seguro de la paz. El Goberna- dor entró para vengarse en el Estado de Arauco, y he aquí por una bárbara sospecha encendida la guerra, hasta que llegó de España el P. Valdivia, y volvió a entrar por segunda vez en el mando del Reyno Alonso Rivera".

